Tales vacilaciones fueron causa de no servir á Dios ni al diablo, procurándonos, sobre todo, el rencor de los franceses, que era peligroso, por estar convencidos de que, con su victoria, habían ganado la amistad de los que no estaban antes con ellos, y el mismo Rey dijo en una conversación: «*A cette heure tout est gagné.*»

FIN DE LOS EXTRACTOS.

VIDA

DE

CASTRUCCIO CASTRACANI

DE LUCA

DEDICADA POR EL AUTOR Á SUS ÍNTIMOS AMIGOS

Zanobi Buondelmonti y Luis Alemanni.

Parece, queridísimos Zanobi y Luis, á quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos ó la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y obscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna; porque casi todos, ó fueron expuestos á las fieras, ó tuvieron padres tan humildes que, por avergonzarse de ellos, presumieron ser hijos de Júpiter ó de cualquier otro dios. Todos conocen de esto numerosos ejemplos, y no cansaré al lector citándolos, por ser innecesario. Presumo que la fortuna desea mostrar así al mundo ser ella y no la sabiduría la que hace los grandes hombres, empezando á probar su poder cuando la sabiduría nada influye, y 'es por tanto preciso reconocer que de aquélla depende todo.

Fué Castruccio Castracani de Luca uno de los que, conforme al tiempo en que vivió y á la ciudad donde vió la luz, realizó más grandes cosas, sin ser de más notorio é ilustre nacimiento que los demás, como diremos al referir su vida, que juzgo debe quedar grabada en la memoria de los hombres, por encontrar en ella actos de valor y fortuna de grandísimo ejemplo; y la dedico á vosotros por ser, de cuantos conozco, los que mejor estimáis las grandes acciones.

La familia de Castracani, extinguida hoy por la instabilidad de las cosas humanas, figuraba entre las nobles de la ciudad de Luca. A ella perteneció un tal Antonio, de estado eclesiástico, que llegó á ser canónigo de San Miguel, en Luca, y á quien, en prueba de consideración, llamaban maese Antonio. Tuvo éste una hermana que casó con Buonaccorso Cenami, y que, al morir su marido, fué á vivir con su hermano, decidida á no contraer nuevo matrimonio.

Tenía maese Antonio, á espaldas de la casa que habitaba, una viña, en la cual, por lindar con varios huertos, se podía entrar fácilmente por todos lados. Sucedió que una mañana, poco después de salir el sol, paseaba Dianora (que así se llamaba la hermana de Antonio) por la viña, cogiendo, según costumbre de las mujeres, hierbas para sus condimentos, cuando notó moverse los pámpanos de una vid y, mirando al sitio, parecióle que oía llorar; acudió en seguida y vió el rostro y las manos de un niño que, envuelto en las hojas, parecía pedirle no le abandonara.

Entre maravillada y asustada, llena de compasión y de miedo, le recogió, llevó á casa, lavó y envolvió en blancos paños, según es costumbre, presentándole á

maese Antonio cuando volvió á la casa, quien al oir el caso y ver el niño, también se maravilló y apiadó de él como su hermana. Siendo él sacerdote, y no teniendo ella hijos, determinaron criar y educar aquel niño. Pusiéronle nodriza y le cuidaron tan cariñosamente como si fuera de su familia, bautizándole con el nombre de Castruccio, que fué el del padre de Antonio y de Dianora.

Con los años aumentó en Castruccio la gentileza, mostrando en todo grande ingenio y penetración, aprovechando en los estudios á que maese Antonio le dedicaba con propósito de hacerle sacerdote y renunciar con el tiempo en su favor la canonjía y sus demás beneficios.

Pero las inclinaciones de Castruccio en nada se acomodaban al sacerdocio. Así, pues, al llegar á los catorce años y lograr algún ascendiente en el ánimo de Antonio y de Dianora, para no temer sus amonestaciones, empezó á dar de lado á los libros eclesiásticos y á manejar las armas, que era lo que más le deleitaba. Corría, saltaba y luchaba con sus camaradas, cuyos ejercicios y otros de igual índole eran su pasión favorita, siendo en ellos, por su valor y agilidad, muy superior á todos sus compañeros. Si por acaso leía alguna vez, era en libros que hablaran de guerras ó de hazañas de grandes hombres, cosa que apesadumbraba mucho á maese Antonio.

Vivía en Luca un noble de la familia Guinigi, llamado Francisco, que en riqueza, gallardía y valor sobrepujaba mucho á todos los demás luqueses. Su profesión era la milicia, habiendo servido bastante tiempo á los Visconti de Milán. En el bando gibelino, que era el suyo, se le estimaba en Luca el primero. Acostumbraba á reunirse con otros luqueses por mañana y tarde, cuando

residía en esta ciudad, en la galería del Podestá, que está enfrente de la plaza de San Miguel, la principal de Luca, y vió muchas veces á Castruccio jugando con los demás muchachos á los ejercicios que acabo de referir, advirtiendo que, además de superarles en destreza, tenía sobre todos ellos una autoridad regia, sabiendo hacerse querer y respetar de ellos. Preguntó quién era aquel niño, dijéronselo los circunstantes, y tuvo mayor deseo de conocerle. Llamóle un día y le preguntó dónde viviría más á gusto, ó en casa de un caballero que le enseñara á montar á caballo y á manejar las armas, ó en la de un sacerdote donde no se oyeran más que rezos y misas.

Advirtió Francisco la alegría de Castruccio al hablarle de caballos y armas; pero la vergüenza le impedía responder. Animándole á hablar Francisco, dijo al fin que, si quería maese Antonio, para él no habría mayor placer que el de dejar los estudios eclesiásticos y emprender los de soldado. Agradó á Francisco la respuesta, y en pocos días procuró y consiguió que maese Antonio se lo entregara, influyendo para ello, más que ninguna otra causa, el carácter del muchacho y el convencimiento de que no podría tenerle mucho tiempo á su lado.

Pasó, pues, Castruccio de casa de Antonio Castracani, canónigo, á la de Francisco Guinigi, *condottiero* ó capitán de soldados, y fué cosa extraordinaria el poco tiempo que empleó en aprender todas las cualidades y costumbres que pueden exigirse á un caballero. Primero se hizo excelente jinete, manejando un fogoso caballo con suma destreza, y en justas y torneos, á pesar de su corta edad, era el más admirado, pues ni en fuerza ni en destreza le superaba ninguno. Añadíase á esto sus buenas costumbres y su inestimable modestia, no haciendo ni diciendo nada que desagradase, siendo respetuoso con los mayores, modesto con los iguales y cariñoso con los inferiores, cualidades que le hacían amar, no sólo de toda la familia Guinigi, sino de todos los luqueses.

Diez y ocho años tenía Castruccio cuando ocurrió que los güelfos arrojaron de Pavía á los gibelinos, y los Visconti de Milán enviaron en favor de éstos á Francisco Guinigi, con quien fué Castruccio, encargado ya de todo lo relativo á la compañía que aquél mandaba. En esta expedición dió Castruccio tales pruebas de valor y habilidad, que ninguno logró tanta fama como él, no sólo en Pavía, sino en toda la Lombardía.

De vuelta á Luca, con mayor estimación de la que tenía al salir, procuraba, en cuanto le era posible, ganarse amigos, apelando á los procedimientos más oportunos para conseguirlo. Ocurrió entonces la muerte de Francisco Guinigi, quien dejó un hijo de trece años, llamado Pablo, y por tutor y administrador de sus bienes á Castruccio, á quien llamó antes de morir y le rogó que educara á su hijo con el mismo celo que él había sido educado, y que los servicios que ya no podía prestar al padre, los prestara al hijo.

Muerto Francisco Guinigi, y convertido Castruccio en tutor y gobernador de Pablo, creció tanto su crédito y poder, que el general cariño de los luqueses á él convirtióse, en parte al menos, en envidia, tanto, que muchos le calumniaban suponiéndole hombre sospechoso é inclinado á la tiranía. Entre éstos estaba Jorge de Opizi, jefe del bando güelfo. Esperaba éste llegar á ser, por la muerte de Francisco Guinigi, el principal en el gobierno de Luca; pero la nueva posición de Castruccio, y la in-

fluencia que le daban sus cualidades personales, eran un obstáculo á sus miras, y por ello andaba sembrando calumnias que le privaran de simpatías. Al principio se indignó Castruccio, y después unióse á la indignación el temor de que Jorge trabajara para hacerle sospechoso al Vicario del rey Roberto de Nápoles, y éste le expulsara de Luca.

Era entonces Señor de Pisa Uguccione de la Faggiuola, de Arezzo, á quien los pisanos nombraron capitán y de quienes se hizo Señor. Con Uguccione estaban algunos desterrados luqueses del bando gibelino, y con ellos trató Castruccio para que, ayudados por Uguccione, pudieran volver á su ciudad. Dió cuenta de este proyecto á algunos de sus amigos de Luca, que no podían sufrir el poder de los Opizi.

Convenido lo que cada cual debía hacer, fortificó Castruccio con cautela la torre de los Onesti, llenándola de víveres y municiones para, en caso de necesidad, mantenerse en ella algunos días y, al llegar la noche convenida con Uguccione, dió la señal á éste, que con muchas tropas había bajado al llano, entre los montes y Luca. Vista la señal, se acercó á la puerta de San Pedro y prendió fuego á la anteporta.

Castruccio dió la alarma dentro, llamando al pueblo á las armas, y forzó por el interior la puerta, entrando Uguccione con sus tropas, apoderándose de la ciudad, matando á maese Jorge, á todos los de su familia y á muchos de sus amigos y partidarios, y expulsando al gobernador. El gobierno de la ciudad se reorganizó á gusto de Uguccione, con grandísimo daño de ella, porque más de cien familias fueron expulsadas de Luca. Parte de ellas se trasladaron á Florencia, y las demás á Pistoya, ciudades donde dominaba el bando güelfo, y

que, por tanto, llegaron á ser enemigas de Uguccione y de los luqueses.

Creyeron los florentinos y otros güelfos que el bando gibelino había adquirido en Toscana sobrada autoridad, pusiéronse de acuerdo para restablecer en Luca á los desterrados y, organizando numeroso ejército, vinieron á Val de Nievole y ocuparon á Montecatini, desde donde fueron á acampar en Montecarlo, para tener libre el paso hasta Luca.

Por su parte, Uguccione reunió bastantes tropas de Luca y Pisa, además mucha caballería tudesca que trajo de Lombardía, y fué en busca de los florentinos, que al saber la marcha del enemigo, partieron de Montecarlo y se situaron entre Montecatini y Pescia. Uguccione se estableció por bajo de Montecarlo, á dos millas del enemigo, y durante algunos días hubo escaramuzas entre la caballería de ambos ejércitos, porque enfermo Uguccione, ni los pisanos ni los luqueses querían arriesgar la batalla. Agravada la dolencia, retiróse Uguccione para curarse á Montecarlo, dejando el cuidado del ejército á Castruccio. Esto fué causa de la ruina de los güelfos, porque les animó la creencia de que el ejército enemigo estaba sin general.

Conociólo Castruccio y, durante algunos días, obró de modo que confirmaran esta opinión, aparentando temerles, y no dejando salir á nadie de los atrincheramientos. Cuanto más miedo fingía Castruccio, más insolentes eran los güelfos, presentando todos los días la batalla. Pero cuando Castruccio juzgó haberles confiado bastante y, conoció bien sus disposiciones, determinó dar la batalla arengando antes á sus soldados, á quienes prometió segura victoria si obedecían sus órdenes.

Había observado Castruccio que el enemigo ponía sus mejores tropas en el centro y las más débiles en las alas, y el hizo lo contrario, colocando en éstas sus más bravos soldados, y en el centro los de menos confianza. Ordenado así el ejército salió de las trincheras, llegando á la vista del enemigo, que insolentemente, y según costumbre, venía á buscarle. Determinó Castruccio que el centro fuera despacio y avanzaran las dos alas tanto que, al venir á las manos, sólo se combatía en ambas alas, quedando inactivo el centro, porque el del ejército de Castruccio había quedado tan detrás, que el del enemigo no lo alcanzaba.

De esta suerte, las mejores tropas de Castruccio combatían con las peores de los florentinos, y las más bravas de éstos estaban inactivas, sin poder ofender al enemigo que tenían enfrente, pero lejano, ni auxiliar á los suyos. Sin gran dificultad fueron rechazadas las dos alas del ejército florentino, y el centro, viéndose sin apoyo en los flancos y sin tener ocasión de mostrar su valor, huyó también.

La derrota y la matanza fueron grandes, pues perdieron los Güelfos más de diez mil hombres, entre ellos muchos jefes y grandes caballeros de toda la Toscana, pertenecientes al bando güelfo, y además varios príncipes que habían acudido en su favor, como Pedro, hermano del rey Roberto, y su sobrino Carlos, y Felipe, Señor de Tarento.

Castruccio no perdió más que trescientos hombres, entre ellos Francisco, hijo de Uguccione, que jovenzuelo y ávido de gloria, murió en el primer asalto.

Esta victoria dió fama tan grande á Castruccio, que Uguccione, llenó de celos y envidia por su posición, no

pensaba más que en el modo de acabar con él, pareciéndole que aquel triunfo, en vez de darle el poder, se lo quitaba. Preocupado con este proyecto, y esperando ocasión propicia de realizarlo, ocurrió el asesinato en Luca de Pedro Angel Micheli, persona muy distinguida y de gran consideración. El asesino se refugió en casa de Castruccio, quien rechazó á los arqueros del Capitán cuando fueron á prenderle, de suerte, que por el auxilio de Castruccio se salvó el homicida.

Supo Uguccione, que estaba entonces en Pisa, el suceso y, juzgando el motivo suficiente para castigar á Castruccio, llamó á su hijo Neri, á quien ya había dado la Señoría de Luca, y le encargó que, con pretexto de convidar á Castruccio, le prendiera y matara. Fué Castruccio al palacio del Señor familiarmente y sin sospechar ofensa alguna, invitóle Neri á cenar y después le prendió.

Sospechando Neri que, si le mandaba matar sin motivo justificado, se sublevaría el pueblo, le tuvo vivo en su poder hasta cerciorarse de lo que Uguccione disponía en definitiva. Censuró éste la tardanza y cobardía de su hijo para cumplir el encargo, y salió de Pisa con cuatrocientos caballos en dirección á Luca.

Aun no había llegado á Baqui, cuando los pisanos se sublevaron y dieron muerte á su Vicario y á los demás de su familia que quedaron en Pisa, nombrando señor de la ciudad al conde Gaddo de la Gherardesca.

Supo Uguccione, antes de llegar á Luca, lo ocurrido en Pisa, y no creyó conveniente volver atrás, para evitar que los luqueses, siguiendo el ejemplo de los pisanos, le cerraran también las puertas. Pero los luqueses, al saber lo de Pisa, y á pesar de la venida de Uguccione, aprovechando la ocasión de pedir la libertad de Castruccio,

empezaron por hablar sin respeto de Uguccione en los corros formados en la plaza, y después se sublevaron, acudiendo á las armas y exigiendo la libertad de Castruccio, de tal suerte, que Uguccione, por temor á mayores males, le sacó de la prisión.

Inmediatamente Castruccio, ayudado por sus amigos y contando con el favor del pueblo, acometió á Uguccione, quien no pudo resistir, y huyó con sus partidarios á Lombardía, refugiándose en casa de los Señores de la Scala, donde murió pobremente.

Convertido Castruccio de prisionero en casi príncipe de Luca, trabajó con sus amigos y aprovechó el reciente favor del pueblo de tal modo, que fué nombrado general de las tropas de la República por un año. Para adquirir reputación en la guerra, determinó recuperar muchas plazas que se habían rebelado á los luqueses después de la partida de Uguccione y, aliado á los pisanos, fué, con ayuda de éstos, á acampar junto á Serezana. Para expugnarla construyó un fuerte que dominaba la ciudad, y que, reconstruído después por los florentinos, llámase hoy Serezanello. A los dos meses de sitio tomó á Serezana. Por consecuencia de esta victoria, se le entregaron Massa, Carrara y Lavenza, y en brevísimo tiempo ocupó toda la Lunigiana. Para cerrar el paso que desde la Lombardía conduce á la Lunigiana, se apoderó de Pontriemoli, expulsando á Anastasio Palavicino, Señor de esta ciudad.

A su vuelta á Luca, después de estas victorias, todo el pueblo salió á recibirle, y juzgó Castruccio el momento oportuno para hacerse Señor de la ciudad, contando para ello con Pazzino del Poggio, Puccinello del Portico, Francisco Boccansacchi y Cecco Guinigi, los más

ilustres de sus compatriotas, á quienes había ganado. El pueblo, pues, le eligió solemnemente príncipe de Luca.

Vino por entonces á Italia Federico de Baviera, Rey de Romanos, para coronarse emperador, y Castruccio contrajo amistad con él, yendo á buscarle con quinientos caballos, dejando en Luca por lugarteniente á Pablo Guinigi, al cual, por la memoria de los favores que debió á su padre, estimaba como hijo propio.

Federico recibió á Castruccio honrosamente, concediéndole muchos privilegios y nombrándole su lugarteniente en Toscana. Además, como los pisanos habían expulsado á Gaddo de la Gherardesca, y, por miedo á él, acudido á Federico en demanda de auxilio, éste nombró á Castruccio Señor de Pisa, aceptándole los pisanos por temor al partido güelfo, y en particular á los florentinos.

Volvió Federico á Alemania, dejando en Roma un gobernador encargado de sus asuntos en Italia, y todos los gibelinos toscanos y lombardos afiliados al partido del Emperador acudieron á Castruccio, prometiéndole cada cual el dominio de su ciudad cuando, por medio de él, lograra volver á ella. Entre éstos estaban Mateo Guidi, Nardo Scolari, Lapo Uberti, Gerozzo Nardi y Pedro Buonaccorsi, todos ellos gibelinos y desterrados de Florencia.

Resolvió Castruccio, valiéndose de estos desterrados y de todas sus fuerzas, dominar la Toscana y, para aumentar su crédito, se alió á Mateo Visconti, duque de Milán, y organizó militarmente la ciudad y el territorio de Luca.

Porque Luca tenía cinco puertas, dividió en cinco partes el condado, armando y distribuyendo los habitantes con banderas y jefes. De esta suerte podía reunir

inmediatamente veinte mil hombres, sin contar los que vinieran en su ayuda de Pisa.

Provisto de esta fuerza y de estos amigos, ocurrió que Mateo Visconti fué atacado por los güelfos de Piacenza, que habían expulsado á los gibelinos, con ayuda de los florentinos y del rey Roberto de Nápoles. Pidió Visconti á Castruccio que atacara á los florentinos para que, obligados éstos á defender sus propias tierras, retiraran las tropas de Lombardía. Inmediatamente Castruccio, con bastantes tropas, invadió el Valdarno inferior y ocupó Fucecbio y San Miniato, causando grandes desórdenes en la comarca. Esto obligó á los florentinos á llamar sus tropas, que apresuradamente llegaron á Toscana, cuando Castruccio, obligado por otra necesidad, volvió á Luca.

La familia Poggio era poderosa en esta ciudad, no sólo por haber favorecido á Castruccio, sino también por ser la que más contribuyó á hacerle Señor y, juzgando que sus servicios no habían sido bien remunerados, púsose de acuerdo con otras familias para sublevar la población y expulsar de ella á Castruccio. Una mañana empuñaron las armas, fueron al palacio donde residía el lugarteniente de Castruccio, encargado de administrar justicia, y le mataron. Seguidamente empezaron á sublevar al pueblo; pero Esteban Poggio, hombre anciano y pacífico, que no había tomado parte en la conspiración, acudió ante los conjurados y, con su autoridad, les hizo deponer las armas, prometiendo ser mediador entre ellos y Castruccio para que realizaran sus aspiraciones. Rindieron, pues, las armas con tan escasa prudencia como las habían tomado; porque sabedor Castruccio de lo ocurrido en Luca, sin pérdida de tiempo, con parte de su

ejército, y dejando al frente del resto á Pablo Guinigi, vino á la ciudad. Contra lo que esperaba, vió que había cesado el motín, y colocó á sus partidarios, armados, en todos los sitios oportunos.

Juzgaba Esteban de Poggio que Castruccio debía estarle obligado, y fué á verle, no rogando por él, pues creía no necesitarlo, sino por sus parientes, suplicándole que tuviese en cuenta la juventud de los culpados y la antigua amistad y servicios que le había prestado su casa. Respondióle Castruccio cariñosamente que se tranquilizara, porque le producía mayor satisfacción encontrar apaciguado el tumulto que disgusto tuvo al saber este desgraciado suceso. Pidió además á Esteban que le trajera á todos los comprometidos, dando gracias á Dios por la ocasión que le deparaba de demostrar su clemencia y liberalidad. Pero, cuando llegaron á su presencia, confiados en la palabra de Castruccio y en la de Esteban, fueron, con éste, presos y muertos.

Mientras tanto, los florentinos habían recobrado San Miniato; pero á Castruccio pareció oportuno cesar en aquella guerra, porque hasta asegurarse en Luca, no debía apartarse de esta ciudad. Hizo, pues, proponer una tregua á los florentinos, que éstos aceptaron inmediatamente, á causa de estar agotados sus recursos y necesitar suprimir los gastos. Pactóse la tregua por dos años, quedando cada cual dueño del territorio que poseía.

Libre Castruccio de los cuidados de la guerra, para que no renaciera el peligro en que había estado su dominación en Luca, con diferentes motivos y pretextos se deshizo de cuantos, por ambición, podían aspirar al dominio de la ciudad, no perdonando á ninguno, privándoles

de la patria y de los bienes, y á los que pudo coger, de la vida, y asegurando haber conocido por experiencia que ninguno de ellos podía serle fiel. Para mayor seguridad construyó una ciudadela en Luca, empleando como materiales los de las torres pertenecientes á los que había desterrado ó muerto.

Mientras Castruccio, hecha la paz con los florentinos, se fortificaba en Luca, seguía haciendo cuanto pudiera, sin manifiesta guerra, contribuir á su mayor grandeza; y muy deseoso de ocupar á Pistoya, por creer que, dueño de esta ciudad, tenía puesto un pie en Florencia, procuró por varios procedimientos atraerse á los habitantes de la montaña. Al mismo tiempo se gobernaba de tal suerte con los bandos de Pistoya, que todos confiaban en él.

Encontrábase entonces dividida esta ciudad, como lo estuvo siempre, en Blancos y Negros. El jefe de los blancos era Sébastián de Possente, y el de los negros Jacobo de Abra. Ambos tenían con Castruccio secretísimas negociaciones, y cada uno de ellos deseaba expulsar al otro, hasta el punto de que, después de varias cuestiones, acudieron á las armas. Jacobo se hizo fuerte en la Puerta Florentina y Sebastián en la Luquesa y, confiando los dos más en Castruccio que en los florentinos, por creerle más expedito y dispuesto á la guerra, ambos le pidieron secretamente auxilio, y á ambos lo prometió Castruccio, diciendo á Sebastián que iría en persona, y á Jacobo que enviaría á su pupilo Pablo Guinigi. Fijado el momento oportuno, envió á Pablo por la vía de Pisa, y á media noche fué él directamente á Pistoya, porque así lo habían convenido Castruccio y Pablo.

Llegaron ambos á Pistoya y fueron recibidos como amigos, dándoles entrada en la población. Cuando Castruccio juzgó el momento oportuno, hizo señal á Pablo, y entonces el uno mató á Jacobo y el otro á Sebastián de Possente. Los partidarios de uno y otro fueron ó muertos ó presos, quedando Castruccio dueño de Pistoya, cuya Señoría expulsó del Palacio y obligó al pueblo á prestarle obediencia. Para atraerse su benevolencia, perdonó muchas de las deudas antiguas y le hizo muchísimas ofertas, como también á toda la comarca, de cuyos habitantes, la mayoría acudió á ver el nuevo Príncipe. Por las esperanzas que dió y por su conocido valor, consiguió que todos tranquilamente le obedecieran.

Por entonces, la carestía de víveres produjo algunos tumultos en Roma, porque el pueblo atribuía la causa de este mal á la ausencia del Papa, residente en Aviñón, quejándose del gobierno de los tudescos y siendo frecuentes los homicidios y otros desórdenes, sin que Enrique, lugarteniente del Emperador, pudiera remediarlo. Temió Enrique que los romanos le expulsaran de la ciudad y llamaran al rey Roberto de Nápoles, restituyendo Roma al Papa. No tenía amigo más próximo á quien poder acudir que Castruccio, y le rogó, no sólo que le auxiliara, sino ir personalmente á Roma. Creyó Castruccio que debía hacerlo inmediatamente, para prestar un servicio meritorio al Emperador, y porque la ausencia de éste era, á su juicio, muy perjudicial á su dominación en Roma.

Dejando en Luca á Pablo Guinigi, fué con seiscientos caballos á Roma, donde le recibió Enrique con grandes honras, y en breve tiempo su presencia aumentó

tanto el prestigio del partido del Emperador que, sin sangre ni violencias, quedó restablecida la tranquilidad, pues Castruccio hizo traer por mar, de la comarca de Pisa, bastante trigo, y con ello quitó motivo á los tumultos. Después, aconsejando unas veces y castigando otras á los principales de Roma, á todos les redujo á obedecer á Enrique. El pueblo nombró á Castruccio senador de Roma y le concedió otros muchos honores. Del cargo de senador tomó posesión Castruccio con grandísima pompa, poniéndose una toga de brocado con un letrero que decía por delante: *Es lo que Dios quiere*; y por detrás: *Será lo que Dios quiera.*

Mientras tanto, los florentinos, descontentos de que Castruccio se hubiera apoderado de Pistoya durante la tregua, meditaban la manera de sublevarla, cosa que en su ausencia creían fácil. Entre los desterrados de Florencia que vivían en Pistoya, encontrábanse Babbo Ciechi y Jacobo Baldini, personas de autoridad y dispuestas á intervenir en todo trastorno. Estaban en inteligencia con sus amigos de dentro de Pistoya, y, ayudados por los florentinos, penetraron de noche en esta ciudad, expulsando de ella á los partidarios y á las autoridades puestas por Castruccio, matando á algunos y devolviendo la libertad á su patria.

La noticia de este suceso causó vivo enojo á Castruccio y, con licencia de Enrique, regresaron él y sus tropas apresuradamente á Luca.

Al saber su vuelta, los florentinos, creyendo que no se detendría hasta llegar á Pistoya, determinaron anticipársele y ocupar con sus tropas Val de Nievole; ocupación que, á su juicio, cortaba el paso á Castruccio para recobrar á Pistoya. Su ejército, engrosado con los

partidarios del bando güelfo, acampó en el territorio de esta ciudad.

Castruccio, con el suyo, vino á Montecarlo y, al saber donde estaba el de los florentinos, determinó, no ir á su encuentro á la llanura de Pistoya, ni esperarle en la de Pescia, sino dar la batalla, si le era posible, en el desfiladero de Serravalle, en cuyo caso creía segura la victoria, aunque sabía que los florentinos tenían treinta mil hombres y él solo había excogido de los suyos doce mil. Aunque confiaba en su genio y en el valor de sus soldados, temía que, en terreno llano, le envolviera la multitud de sus enemigos.

Serravalle es un castillo situado entre Pescia y Pistoya, sobre una colina que cierra el valle de Nievole. No está junto al camino, sino á distancia de un tiro de arco y dominándolo. El sitio por donde se pasa es escarpado; la pendiente suave por ambas laderas, pero tan estrecha, sobre todo en la altura donde se dividen las aguas, que veinte hombres de frente pueden ocuparla.

Este fué el punto donde Castruccio determinó hacer frente al enemigo, ó para que sus pocas tropas tuvieran ventaja, ó para que no vieran á los enemigos antes de la batalla, á fin de que el gran número de éstos no les asustara.

El gobernador del castillo de Serravalle era Manfredi, alemán, quien, antes de que Castruccio fuera Señor de Pistoya, conservó la fortaleza como sitio común á los de Luca y á los de Pistoya, y después nadie quiso agredirle, prometiendo él la neutralidad y no ponerse de parte de ningún bando. Por esto, ó por ser muy fuerte el castillo, quedaron así las cosas; pero, en las circunstancias actuales, deseó Castruccio apoderarse de aquel pun-